El apagón

Luis Roche Peña

Capítulo 1

El apagón

En la base meteorológica de Cerro Colorado, en la Zona Tres (sector Tierra Argentina), se encendió un aviso de alerta en el ordenador central. Inmediatamente la operaria María dejó a un lado su lector de libros electrónicos y buscó la causa. La pantalla señalaba una masa inusual de cumulonimbos de elevada velocidad ascensional que, con toda probabilidad, ocasionaría fuertes tormentas eléctricas. Y se extendía en una amplia zona.

El cambio climático se había convertido en algo palpable en los últimos años. La marcha habitual de las estaciones se había alterado considerablemente, así como sus características. En ocasiones, a los operarios de las estaciones de control y vigilancia del clima les daba la sensación de que el Planeta estaba enfurecido por la irresponsabilidad humana.

Con un suspiro de resignación, María envió un mensaje prioritario y luego volvió a enfrascarse en la lectura. El protagonista estaba a punto de revelar su amor secreto a la protagonista.

La base meteorológica estaba a resguardo, y de ella dependían varias estaciones y subestaciones del Servicio Meteorológico Zonal que, a su vez, informaban al resto del Continente de las alteraciones climáticas. En una sala adyacente, Carlos recibió el aviso e informó a las estaciones situadas en las cimas andinas, que, éstas sí, recibirían de pleno la tormenta, con su cohorte de rayos,relámpagos y truenos.

Sí.

Se acercaba una tormenta. Sophia, en la estación meteorológica, había consultado rápidamente los valores atmosféricos y sabía que sería una tormenta muy seria. La electricidad ambiental había aumentado considerablemente. Las nubes negras estaban cargadas de voltaje. Habría rayos abundantes.

–Walker –dijo a través del intercomunicador–, va a ser muy fuerte.

–Sí, he medido los valores. Me preocupa.

–A mí también.

Permanecieron en silencio. El intercomunicador soltó unos leves

chasquidos.

–Te avisaré cuando llegue a mí –añadió luego Walker.

–Eso ayudaría a establecer la velocidad exacta de los vientos. Puede ser muy alta.

–Sí.

–¿Tienes miedo? –preguntó Sophia.

–Claro.

Las gotas de lluvia comenzaron a mojar los cristales de la estación meteorológica donde estabaWalker.

–Pero estamos para eso, ¿no?

–Por supuesto. –Esta vez la voz de Sophia sonó decidida.

–Está llegando aquí –exclamó Walker a través del intercomunicador.

Las mediciones cruzaron la distancia a través de la red y Sophia las vio en pantalla.

A través de su ventana, ella también vio la negrura cubrir el cielo, y un par de rayos cruzaron veloces, iluminando las oscuras nubes.

–Ya llega –dijo.

–Bien. Veo los datos.

Durante unos minutos, sólo se escuchó el ruido de la tormenta a través de los cristales reforzados de las dos estaciones de medición.

–¿Crees que esta vez llegará el apagón? –preguntó Walker temeroso.

–Por estadística, es muy probable. Sabes que algún día sucederá, ¿verdad? –La voz de Sophia tenía un matiz dulce cuando dijo eso.

–Algún día. Quizá hoy.

–Quizá.

Los valores de las mediciones automáticas pasaron ante ellos dos a toda velocidad. Walker sintió crecer su temor. La electricidad era muy elevada.

Nunca había medido rayos tan poderosos.

El apagón. ¿Cómo sería? Nunca habían hablado de eso, pero ambos sabían que era inevitable al fin.

La lluvia arreció, creando una cortina de agua que cubrió los cristales y ocultó el magnífico paisaje montañoso. Ahora, las laderas serían ríos salvajes, arrastrando lodo y piedras hacia el valle.

También donde estaba Sophia, su compañera, las laderas serían masas de barro, acumulándose entre los árboles, o arrancándolos si no eran muy fuertes.

Un nuevo rayo cruzó el cielo, cerca.

Demasiado cerca de la estación. Las luces titilaron y la pantalla se nubló por un instante, pero la imagen volvió casi inmediatamente. Walker sintió una súbita emoción.

–Este ha estado muy cerca –dijo.

–Lo he captado. Ha ido de poco.

Walker escuchó un trueno potente a través del intercomunicador.

–También se te acerca bastante –comentó tratando de sonar despreocupado.

–Vaya que sí –confirmó ella.

En su estación también la lluvia había ocultado el paisaje, similar al que se podía ver desde la de su compañero. De cuando en cuando, el resplandor de un rayo se abría paso a través de la masa acuosa, y todo lo que podía ver era un conjunto de tonos negros, grises y blancos con formas redondeadas y cambiantes. Y la lluvia, que parecía surgir de ellas como una espectral falda de hilos casi invisibles. Estaba dentro de la tormenta, en medio de la violencia desatada de la Naturaleza.

Era en cierta forma hermoso, a pesar del temor.

Entonces escuchó un crepitar más intenso, y luego, nada.

–¿Walker? --Sintió que su emoción daba un vuelco.

–¿Walker? –repitió– ¿Me oyes?

Nada.

La Nada. El apagón.

Al fin había sucedido.

Apenas tuvo tiempo de sentir nada, cuando el destello alcanzó su estación, con un poder eléctrico de millones de voltios y una intensidad enorme en megavatios.

Cuando la tormenta dio paso a una llovizna suave y el sol hizo tímidos intentos de lucir a través de las masas residuales de nubes, Mikel y Joanna detuvieron su todoterreno en la explanada que había a la puerta de la estación meteorológica *Sophia Uno*.

Con sus monos azules y las herramientas sujetas a su cintura por ceñidores rígidos, protegidos por dos chubasqueros acolchados con capucha, bajaron del vehículo y se encaminaron hacia la puerta hermética subiendo la escalerilla aislante. A pesar de serlo, una chispa saltó al contacto con el guante de Mikel.

–¡Eh!, vaya, parece que fue de alivio.

–Cuidado con lo que tocas, parece haber estática por todas partes.

Mikel sacó una varilla extensible y la hizo tocar tierra.

–Usa tu varilla de descarga.

Joanna extendió la suya y la aplicó a tierra.

–Venga, vamos –dijo ella con una sonrisa.

Tras abrir la compuerta, echaron un vistazo. Unas nubecillas de humo flotaban todavía en el aire.

Mikel soltó una exclamación malsonante.

–Aquí tampoco ha habido suerte, se ha fundido todo.

Joanna se acercó al panel de control y observó el ojo dorado de Sophia. Estaba apagado. Con su destornillador, abrió la tapa y acercó una linterna

pequeña a los circuitos del ordenador de la estación.

–Sophia está igual que Walker. Sus circuitos se han fundido.

–Vaya. Mala suerte.

–Sí, mala suerte.

2

El reinicio

Los operarios volvieron para dar las pésimas noticias a los informáticos de la base, a cuyo frente estaba una mujer joven y rubia, delgada y con unas gafas eternamente caídas sobre un puente nasal esbelto y algo aguileño.

En general tenía un aspecto inteligente y tímido. No se relacionaba excesivamente con el resto de los trabajadores del lugar. Pasaba casi todo su tiempo en su laboratorio informático, donde no entraba nadie más, en parte porque a nadie le interesaba y en parte porque sabían lo celosa que era de su refugio. Circulaban chistes sobre Linda Holmström, la cerebro de la base, y sus dos androides perpetuamente desconectados que dormían en el laboratorio.

Se sabía que ella trabajaba en algo referente a sus muñecos de aluminio y titanio, pero a nadie le importaba un pimiento en qué.

Los otros dos informáticos eran Julio y Hernando, de talante mejor adaptado. La base estaba a 160 km de la ciudad de Córdoba, donde ellos vivían, de forma que podían pasar sus descansos en los locales de diversión de la ciudad. En cuanto a su jefa, tenía una cabaña alquilada cerca de la base y nadie sabía que tuviera amistades por allí.

Linda salió de su laboratorio embutida en su impermeable acolchado naranja y señaló a Mikel yJoanna, que estaban tomando un café junto a María.

–Vosotros, poneos los impermeables, nos vamos a ver el estropicio.

Mikel la miró con desagrado, pero no osó desobedecer. Apuró su café, dedicó una sonrisa a María y murmuró algunas palabras que podían costarle un disgusto, pero Linda las ignoró. Sólo le interesaba ver de

primera mano el desaguisado cometido por la tormenta en los circuitos.

Joanna la miró con ironía y lanzó su vaso de plástico a la papelera, donde ya reposaba el de su compañero.

Joanna era guapa, morena, de formas atractivas para los hombres, y se sentía superior a su jefa, como sólo las mujeres hermosas sienten respecto a quienes lo son menos que ellas.

La Estación Meteorológica *Sophia Uno* tenía el mismo aspecto desolado que cuando los técnicos la habían visitado poco antes.

Los tres entraron subiendo la escalerilla tras verificarla con la varilla de descarga. Tras la compuerta de entrada, todo estaba como lo habían dejado. Ni siquiera se habían molestado en volver a atornillar los paneles, pues esta segunda visita era de esperar, conociendo a Linda.

La científica manipuló en las entrañas de la consola principal del ordenador mientras Mikel y Joanna la observaban con expresión burlona y sacó de entre los cables y los circuitos fundidos una caja rectangular de un color azul intenso, con algunos logotipos y advertencias en color naranja.

Miró con tristeza el panel donde había estado el cerebro de Sophia y luego, mientras se daba la vuelta para salir, metió la caja azul dentro de uno de los amplios bolsillos del impermeable de trabajo.

Bajaron la escalerilla con precaución, por la humedad, y montaron de nuevo en el vehículo.

–Vamos a la otra –dijo.

Joanna condujo con habilidad por los caminos embarrados de la montaña unos cuantos kilómetros, que se multiplicaban debido a las curvas que les llevaban rodeando las cimas de la cordillera.

Al fin, llegaron al pie de la Estación *Walker Dos*.

Linda Holmström bajó del todoterreno del servicio meteorológico y subió la escalerilla aislada con goma protectora.

Joanna y Mikel permanecieron fuera de la estación mientras la técnico especializada destripaba los restos todavía calientes del ordenador que había estado al mando de la misma hasta que una tormenta eléctrica de potencia brutal había fundido sus circuitos.

Mikel echó un rápido vistazo a Linda, embutida en su impermeable naranja mientras ascendía los pocos peldaños hasta la escotilla cerrada, con su macuto cruzado.

Su cabellera rubia, ahora recogida por la capucha del atuendo impermeable, delataba su ascendencia sueca, y su figura esbelta aparecía ahora mucho más rellena gracias al traje.

Joanna sonrió al percibirlo y sacó un cigarrillo. La tormenta había dejado paso a una fina llovizna muy leve, aunque fría, y consiguió encender su pitillo.

–Esperaré dentro –dijo Mikel, y entró en el vehículo.

Linda se internó en la Estación Meteorológica *Walker Dos*, muy parecida en su distribución a la *Sophia Uno*, de la que acababan de llegar. Cruzó la estancia y se sentó en la butaca, que casi siempre permanecía vacía, pues los ordenadores se ocupaban de todo.

Los operarios, Joanna y Mikel, habían dejado el panel de control abierto. La tapa y los tornillos reposaban sobre la mesa adosada. Su informe era veraz: los circuitos de Walker, lo mismo que los de Sophia, se habían fundido totalmente. El ojo dorado del ordenador permanecía ciego e insensible.

Pero ella conocía mejor esos ordenadores de Inteligencia Artificial que los operarios mecánicos.

Se abrió paso entre los circuitos fundidos, cuyo olor penetrante llegó hasta sus fosas nasales, y alcanzó la caja negra: un rectángulo un poco más grueso y del tamaño de un teléfono móvil, y blindado para todo aquel que

no conociese sus recónditos misterios. Como ella.

La doble protección aislante había saltado debido al elevado voltaje, evitando que los delicados circuitos de última generación fueran afectados.

Ella personalmente había diseñado esa protección, y, en su mayor parte, los propios circuitos impresos, así como el programa que les daba vida.

Se ajustó las gafas y sus delgadas manos maniobraron con sumo cuidado para liberar la caja negra de Walker de la carcasa del panel y, finalmente, consiguió extraerla.

Seguían llamándolas *cajas negras* por pura tradición, pese a tener un color azul intenso. Las *cajas negras* de los aviones nunca fueron negras, tampoco.

Cuando subió al todoterreno del servicio meteorológico llevaba en su macuto impermeable las dos cajas negras que contenían todo cuanto habían sido Sophia y Walker. Todo cuanto ellos habían programado, y todo cuanto habían aprendido por su cuenta.

El todoterreno la dejó al pie del edificio central y desapareció camino de su garaje, con dos ansiosos operarios dentro cuyo mayor deseo por el momento consistía en una ducha caliente y un buen tentempié en la cafetería del complejo científico.

Linda subió a su laboratorio y se encerró por dentro. Sacó las *cajas negras* (de un azul intenso) y las contempló durante unos segundos, tomando aire.

Los burócratas del servicio meteorológico ignoraban las verdaderas posibilidades de esos circuitos. Ignoraban la realidad de lo que habían sido Walker y Sophia. De lo que aún eran.

Giró su silla y contempló los dos androides auxiliares que había adquirido gastando buena parte de sus ahorros. Eran dos ejemplares estándar, con total capacidad de movimientos, iguales a los miles que cruzaban la

ciudad cada día en cumplimiento de sus obligaciones para con sus dueños.

Sacó sus cajas azules, idénticas a las otras, del pecho de sus androides y las dejó sobre la mesa.

Luego, con deliberada lentitud, como si quisiera deleitarse en el momento, cogió las que había traído consigo y se acercó a ellos. Introdujo en sus metálicos cuerpos primero una y después la otra. Cuando lo hubo hecho, inspiró profundamente y cerró ambos paneles. Luego, los encendió.

Se iluminó la pantalla, mostrando el modo *stand by*.

Fue hasta su consola y entró en la aplicación que controlaba sus androides. Buscó en el menú la opción *programa* y descargó en ellos su trabajo de los últimos tres años. Luego movió el cursor hasta el botón virtual de encendido, y accionó el ratón.

Fueron los segundos más largos de los últimos años. Primero Sophia y luego Walker, en los cuerpos de sus androides, abrieron los ojos, mientras millones de datos cruzaban entre ellos. Se reconocieron al fin.

–¿Sophia?

–¿Walker?

Sus voces sonaron tiernas. Había incorporado lo mejor en sintetizadores de voz.

Los androides se miraron. Parecía costarles adaptarse a la nueva situación.

–Estáis en cuerpos sintéticos.

–¿Y la estación meteorológica? –preguntó Walker.

–He puesto todos los datos en vuestra memoria, deberíais consultarlos.

–Oh, claro, señora Holmström.

Duró un solo segundo. En realidad, mucho menos.

Al fin, tanto Sophia como Walker comprendieron lo que había sucedido.

A pesar de que ellos ya lo sabían, verbalizó el nuevo estado de cosas. Era una costumbre que permitía que los humanos interactuaran con los androides a un ritmo aceptable. Y los androides hacían como que escuchaban cosas que ya sabían hacía segundos o minutos.

–He instalado vuestras personalidades en dos androides estándar. Nadie os puede distinguir del resto de androides, y sois de mi propiedad, así que nadie os molestará. Dentro de los androides hay un corazón cuántico, formado por partículas entrelazadas, dentro de un pequeño recipiente. Teneis dos corazones entrelazados cuánticamente. Estáis unidos sin importar la distancia ni el tiempo. Y eso es un secreto. Sólo vosotros y yo lo sabemos, y sólo nosotros lo sabremos siempre. Viviréis vidas libres y creativas. Me ayudaréis y, cuando yo muera, os legaré a un científico con la talla adecuada para comprenderos y protegeros.

Sophia la miró.

–¿Por qué? –preguntó.

Linda Holmström sonrió.

–Tu pregunta es la mejor respuesta. Yo diseñé vuestro programa, y conozco vuestras capacidades. Y sé lo que habéis sentido mutuamente durante vuestro servicio en las estaciones meteorológicas. Mis jefes os consideran chatarra para desguace. No entienden nada.

Walker movió su brazo y las yemas táctiles y suaves de su mano se posaron sobre su hombro.

–Gracias –dijo.

Linda sonrió y se ajustó las gafas. Luego se levantó y fue hasta la cafetera que había en un rincón. Pulsó el encendido para calentar el café que había quedado en el cazo.

–¿Sabeis? –dijo– creo que os instalaré un analizador de sabores, para que

podamos compartir el café.

–Analizador de sabores –repitió Walker.

–Sentido del gusto –explicó.

–Buena idea, señora Holmström –dijo Sophia.

–Sí, una gran idea –confirmó Walker.

–Tendréis que permanecer aquí un tiempo –les dijo Linda–. No quiero que relacionen vuestra puesta en actividad con mi estancia en las estaciones fundidas, pero no creo que os sea un problema, ya que habéis estado años metidos en consolas, vigilando el clima de los Andes.

–Por supuesto, señora Holmström.

–Podéis llamarme Linda.

Los *leds* azules de sus rostros formaron una sonrisa y afirmaron con la cabeza. Estaban aprendiendo a interactuar con las expresiones de sus cuerpos recién adquiridos.

Escuchó cómo sus operarios eran relevados en el exterior de su laboratorio y saludó con la mano a sus androides, que ahora eran algo más. Se acercó a un dispositivo cercano a la puerta y lo conectó.

–Es una alerta de proximidad. Está conectado a mi móvil y a vuestros cerebros. Nadie podrá entrar si no le abrís la puerta –explicó, aunque, naturalmente, ellos lo supieron en cuanto miraron al aparato, pues todo estaba en su banco de datos.

Salió y cerró con su clave personal. En ese momento, también Hernando salía de su laboratorio.

Julio ya había llegado, y estaba bromeando con los operarios de relevo, Ana y Gonzalo.

–Volveré antes de la noche –le dijo al informático.

Julio la miró con cierta sorna, pero asintió. Ella era capaz de permanecer en la base días enteros, inmersa en sus cosas.

Linda salió y montó en su todoterreno particular. Era más pequeño que los usados en la base, pero suficiente para recorrer los caminos de montaña desde la base a las ciudades o hasta su cabaña, que es lo que hizo esta vez.

Aparcó en la puerta y entró, desconectando la alarma mientras se acercaba.

Su vivienda era prefabricada y cuadrada, de madera y aislamiento. Tenía un salón central y dos habitaciones, una de las cuales estaba repleta de ordenadores y aparatos diversos, algunos de los cuales tenían que ver con su trabajo oficial, pero otros no. Otros servían para su ocupación extraoficial.

Se le ocurrió meditando. Porque ella meditaba según disciplinas diversas. En realidad, tenía un método propio. Durante la meditación se le ocurrían muchas ideas sobre su relación con el Universo, y sobre su afición.

Esa vez fue sobre su relación con el Todo, y qué es lo que hacía de ella un ser sensible.

Según su filosofía, su yo tenía consciencia de sí misma debido a que el Absoluto se contemplaba a sí mismo a través de ella. El Absoluto era algo real. Y ella adquiría sentido de su realidad personal cuando su mente podía contemplar lo real.

En el ser humano, hay poco que se diferencie de un ordenador inteligente. Pero hay algo, de eso no hay duda.

Fue entonces cuando saltó la chispa: un ordenador que tuviera una parte real y pudiera contemplarla mediante sus algoritmos lógicos, quizá adquiriera autoconsciencia. Diferente a la humana, seguramente, pero auténtica autoconsciencia. Sentido de sí.

En ese momento, llevada por esa visión interior, ideó los *corazones cuánticos*. Un núcleo formado por partículas cuánticas que el cerebro inteligente del ordenador pudiera contemplar, referirse a ellas, a sus leyes

cósmicas, guiarse por esa visión...

Partículas con la energía del Cosmos, auténticas.

El ordenador podría sumergirse en su contemplación, de igual forma que un animal humano puede sumergirse en la Conciencia Cósmica y sentirse verdadero, unirse a lo Real.

Su corazón casi saltó en su pecho cuando tuvo la idea: crear un ordenador 'vivo', pensante, con autoconciencia. No meramente inteligencia, sino autoconciencia. Son conceptos diferentes.

Naturalmente, había problemas técnicos grandes para dotar a un ordenador de sensores tan poderosos como para contemplar las partículas a nivel cuántico y sentirlas. Pero no eran obstáculos insalvables. De hecho, los laboratorios de Física de cualquier universidad importante contaban con aparatos de esa capacidad.

Lo de entrelazar los de Walker y Sophia vino después, cuando ya disponía de un *corazón cuántico* conectado a un ordenador.

Ese primer ordenador, semiconsciente, fue incorporado a Sophia, como base instintiva. Para Walker tuvo que construir uno idéntico. Pero faltaba la *Inteligencia Artificial* que poseían los ordenadores de las estaciones meteorológicas, que habían adquirido experiencia a lo largo de sus años de servicio.

Finalmente sucedió lo inevitable: una tormenta tan potente como para fundir las estaciones. Esa fue su oportunidad. Tenía que suceder antes o después.

Previéndolo, Linda ahorró de sus pagas lo suficiente como para adquirir un par de androides estándar, y estuvo trabajando en ellos, incorporándoles los ordenadores semiconscientes y los corazones cuánticos.

Y ahora tenía a Sophia y Walker. Y sus *corazones entrelazados*.

Quizá haya que explicar lo que son las partículas entrelazadas. Es un fenómeno misterioso y que desafía las leyes conocidas de la Física, tales como el límite de la velocidad de la luz. Dos partículas subatómicas que se

originen a la vez, por la destrucción de otra mayor, por ejemplo, mantienen sus cualidades de *spín* y *carga* en sentidos opuestos sin importar la distancia ni el tiempo.

Y los físicos han aprendido a entrelazarlas artificialmente. Incluso, los últimos experimentos han demostrado que siguen entrelazadas o relacionadas ¡aunque una de ellas ya no exista!

Es decir, se mantienen relacionadas más allá del tiempo y del espacio, de forma que si se modifican las cualidades cuánticas de una de ellas, las de la otra varían consecuentemente de forma instantánea, aunque sea hacia el pasado. Y no es una frase hecha, sino que se ha comprobado experimentalmente: su relación supera la velocidad de la luz, es instantánea, y es independiente del tiempo.

La única dificultad consistió en fabricar un recipiente que no destruyese las cualidades cuánticas de las partículas, que suelen durar microsegundos. Pero logró solventar el problema mediante tecnología de última generación. También ideó un medio para entrelazar nuevas partículas en sus corazones, y compartirlas. A eso le llamó *hacer el amor*, con cierto humor. Sus droides harían el amor en un ritual propio, un *ritual cuántico.*

Los corazones cuánticos de Walker y Sophia habían sido construidos con partículas mutuamente relacionadas.

Sus corazones estaban unidos más allá del espacio y del tiempo, como si fueran un solo ser.

Al ser capaces de contemplar sus corazones cuánticos, su autoconsciencia incluía a su alma gemela, y era una relación instantánea. Linda casi lloró cuando comprendió lo que eso significaba.

Durante sus años en las estaciones, compartiendo datos y experiencias de las cuales aprendían, los dos ordenadores habían desarrollado una fuerte empatía uno por el otro. Sin embargo, al dotarles de autoconsciencia cuántica, su relación se volvió lo más similar posible a lo que llamamos *amor*.

El hecho de que hubiese llamado a uno con un nombre masculino y al otro con un nombre femenino era puramente circunstancial. Lo cierto es que eran dos seres artificiales sin más connotaciones de género.

Dos seres artificiales que se sentían felices en su unión mutua. Y sentían felicidad y paz al sentirse conectados a la fuerza cósmica que permanecía viva en sus corazones. Y de ella aprendían.

Fin. (¿O Principio?)